

El perfil de la autoimagen en la literatura costarricense y el discurso de la posmodernidad latinoamericana

Montero Rodríguez, Shirley Yorlery. El perfil de la autoimagen en la literatura costarricense y el discurso de la posmodernidad latinoamericana. *Comunicación*, 2008, agosto-diciembre, año/vol.17, número 002. Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 5-19

Shirley Yorlery Montero Rodríguez

Universidad de Costa Rica

shirleymr02@costarricense.cr

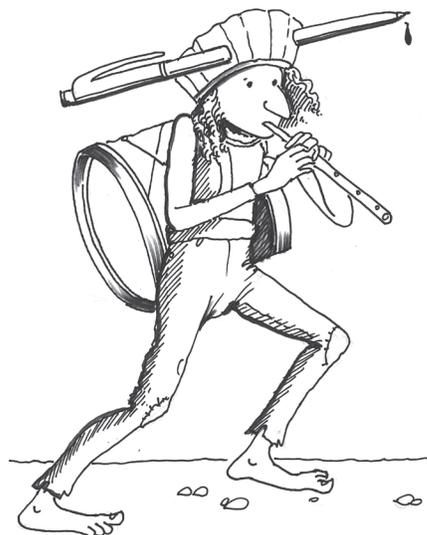
Recibido: 22-III-08 Aprobado: 18-XI-08

PALABRAS CLAVE:

posmodernidad latinoamericana, literatura, identidad nacional, crisis, mitos, Costa Rica.

KEY WORDS:

Latin-American postmodern era, literature, national identity, crisis, myths, Costa Rica.



Resumen

El presente artículo pretende ser una reflexión sobre la función de la literatura dentro de la construcción de la identidad nacional costarricense y sus mitos, a partir de la ubicación espacio-temporal de este discurso dentro del paradigma de la posmodernidad latinoamericana. En segundo lugar, se procura establecer una cronología de la literatura costarricense que busca unificar su evolución dentro de la construcción de la autoimagen nacional.

Abstract

The profile of the self image in Costa Rican literature and the Latin-American speech of the post-modern era

Shirley Yorlery Montero Rodríguez

The present article is a consideration of the function of literature inside the construction of Costa Rica's national identity and its myths, beginning with temporary- space location of this speech within the paradigm of the Latin-American postmodern era. Secondly, this document seeks to establish a chronology of Costa Rican literature, which looks for unifying its evolution in the construction of the national self image.

[...] cultura nacional no es folclor, ni una alabanza al pueblo, ni un populismo abstracto que cree que puede descubrir la verdadera naturaleza de un pueblo. Una cultura nacional es el conjunto de esfuerzos hechos por un pueblo en la esfera del pensamiento con el fin de describir, justificar y elogiar la acción a través de la cual ese pueblo se ha creado y se mantiene a sí mismo en existencia (Hall, 1999: 145).

INTRODUCCIÓN

La construcción de una idea de cultura nacional está plasmada en la literatura misma, ya que: “El florecimiento de las literaturas nacionales coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional” (Mariátegui. 2000: 67). Efectivamente, la literatura no es otra cosa que un producto cultural, donde se manifiestan problemáticas, necesidades, sueños, ideologías, proyectos, de una determinada sociedad. Ha sido uno de los elementos materiales más importantes para concretar la imagen de cada nación. Así, el discurso literario de un determinado espacio, refiere las características identitarias de éste. Estudiar la literatura es estudiar el perfil de la imagen que un pueblo tiene sobre sí mismo, por ello, un objetivo inicial de este trabajo consiste en identificar los rasgos característicos de la imagen costarricense, construida a través de su historiografía literaria.

En este sentido, el abordaje de un tema tan complejo requiere un posicionamiento teórico que posibilite el diálogo con el discurso histórico, literario, social y cultural del espacio donde se inscribe. En consecuencia, se utilizó el binomio modernidad/posmodernidad, como paradigma epistemológico y cultural que converge y diverge en relación con la idea definitoria de *nación*.

En primer lugar, la modernidad implica la confinación de fronteras

definitorias de cada nación, para concretar una imagen unificada de identidad cultural creíble, aunque eso implicara la exclusión de elementos importantes de cada pueblo. Por ende, modernidad y nación son nociones sociales que históricamente aparecen juntas. Sin embargo, con el advenimiento de la globalización, dentro del contexto histórico mundial del siglo XX, se origina una idea de desterritorialización que llevaría a un movimiento de redefinición del destino Estado-Nación, y un cambio de visión al introducir el término *cultura de masas*, en el ámbito industrial (Ortiz. 2000: 58 y 61). Así, la modernidad tiende a legitimar determinadas formas de pensamiento mediante la literatura, en tanto que la posmodernidad fragmenta ese proceso al instaurarse como descreimiento o impugnación (Larios. 1997: 135).

Entonces, ¿qué puede ocurrir con la identidad nacional de un pueblo ante esta oposición conceptual? Es importante recordar que lo social incluye las interrelaciones entre lo económico-político y lo cultural, pero, la literatura como instrumento cultural se volvió autónoma de lo político hace aproximadamente un siglo. Además, la identidad cultural de un pueblo no es un proceso monolítico o autónomo de la totalidad latinoamericana, pues adquiere independencia dentro de la pluralidad de modos de vida, diversidad de prácticas sociales y múltiples divisiones (Larraín Ibáñez. 2000: 209).

En el plano cultural, la posmodernidad es en realidad un discurso que ejecuta una exploración de la imagen propia latinoamericana, mediante cuestionamiento, escepticismo y relativización de los asideros absolutizados por la modernidad, incluyendo el constructo Estado-Nación. Como discurso, la posmodernidad es una metanarración, que puede ser estudiada a partir de los

productos culturales que interpretan a una determinada sociedad. Aquí entra en juego la literatura, como expresión y voz dialógica de encuentros y desencuentros, pero nunca como totalizaciones.

La modernidad cultural, desde donde se inicia el cuestionamiento del capitalismo y del hombre racionalizado, sigue una transformación hasta permitir evidenciar la posmodernidad cultural, donde se acentúan esas dudas, a tal punto que se permiten muchas acepciones. La literatura vendría a representar esos cuestionamientos, como un intento de invertir los sistemas de poder, pero en forma permanente. Esto para recuperar e integrar esa *identidad oculta*, que fue desintegrada y enterrada por los poderes coloniales e imperialistas.

Así: “[...] la situación latinoamericana como una permanente búsqueda de una identidad que no puede ser fácilmente encontrada” (Larraín Ibáñez. 2000: 200), como caos o crisis producidos por la posmodernidad cultural, se expresa en su producción artística literaria. Muestra la crisis social total.

Del griego *κρινω* (juzgar o evaluar), *crisis* se emplea como sinónimo de crítica en cuanto a dar opinión, o ser crítico como evaluación del pensamiento. Sin embargo, desde la pragmática del término, se le ha dado un empleo negativo de desorden o cuestionamiento de un paradigma. Generalmente, a este concepto se le coliga con lo finisecular y se vive como agonía trágica, por ejemplo el imaginario del milenarismo destructor. En un sentido mítico, se asocia con períodos catastróficos, el desorden arquetípico del *Apocalipsis* como inicio de un nuevo orden *Génesis*, en otras palabras, el tiempo cíclico.

La posmodernidad refiere a una crisis perpetua, pero, en el sentido

originario del concepto. Es decir, debemos permanentemente evaluar lo político, económico, social, histórico, cultural, y sobre todo lo humano. En cierta medida, es un derrumbamiento paulatino de los asideros imaginados para la vida, tal vez cargado de desencanto o desesperanza al juzgar los errores cometidos; pero, con el objetivo claro de re-construcción. Por ello, el tiempo y la historia no pueden ser lineales, ya que se necesita un re-conocimiento de lo presente, lo pasado y lo futuro.

En literatura, el llamado *relato moderno* quiebra el orden y la sucesión de la historia, en cuanto a los niveles del *relato clásico* (narrador, diégesis, modo, tiempo, espacio). El relato moderno incluye la fragmentación y discontinuidad de la diégesis (perturbación); puede ser tanto en el plano de la enunciación, como del enunciado, donde se pierde el punto de vista monolítico del narrador, por lo tanto, no habrá una verdad absoluta, sino el dialogismo bajtiniano, la incorporación de múltiples voces. Así, se produce la crisis o el caos. Por eso, ¿dónde se puede estudiar mejor el discurso de la posmodernidad latinoamericana que en su propia literatura?

La posmodernidad literaria de América Latina expone esa crisis, evaluación, o caos (del griego $\chi\acute{\alpha}\omicron\varsigma$ apertura) socio-cultural de sí misma, a partir de esa identidad que contiene un componente común y otro específico.

Para Jorge Larraín, la construcción-deconstrucción de lo latinoamericano, como perspectiva cultural (y por ende literaria), es una especie de juego, el cual genera un sujeto posmoderno fragmentario, contradictorio, sin identidad fija (2000: 106). Sin ver que, realmente, es un sujeto crítico, enunciador, quien trata de narrar su propia identidad por medio de una herencia fragmenta-

da, la cual fue falsamente unificada, pero que comienza a desmoronarse. El sujeto literario posmoderno hace ahora, una re-valorización o re-visión de sí mismo como sujeto cultural heterogéneo.

Finalmente, cabe anotar que la identidad de la modernidad se ve como un asunto serio y la identidad de la posmodernidad, como un juego. No obstante, ese juego de la escritura propia, implica también la a-propiación de una voz genuina para decirse y decir, en un proceso especular, de mirarse para mirar. Sí, un juego de simulacros, collage, sincretismo, pastiches, parodias, que fue aprehendido por siglos como única forma de expresión-denuncia encubierta a los ojos del centro-opresor. Pero que, en la actualidad, involucra la crítica- crisis-caos, como búsqueda de la autenticidad cultural latinoamericana, con palabras propias para narrarse a sí misma, a sus similitudes y diferencias, a sus encuentros y desencuentros, a su pluralidad integral, llamada identidad cultural.

LA CONSTRUCCIÓN EPISTEMOLÓGICA DE LA CRISIS EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA

América Latina surge como parte de un proceso complejo y violento (la conquista), a partir del cual se debieron redefinir las cartografías planetarias y mentales de los seres humanos. En esa redefinición, este espacio territorial se volvió ambiguo: Por un lado, tal como lo plantea Jimmy Washburn, las tierras americanas conjugaron las coordenadas espacio-tiempo de la utopía europea. Un espacio paradisiaco donde comenzar de cero, ante el desgaste de la sociedad europea y una tierra sin tiempo ni historia. Sin embargo, América Latina también se reconoce como la no-España, es decir la negación (1997: 118-122). Tal es el caso del *Diario de Colón* (1492)

donde el yo-eurocéntrico construye la imagen del buen salvaje americano como un otro sin voz y, a partir de la razón instrumental europea, se convierte en objeto.

Históricamente, el Nuevo Mundo de Colón ha sido el otro del europeo, marginal y bárbaro. Por ello, las oligarquías culturales de este lado del planeta seguían fielmente las tendencias de las metrópolis. Por ejemplo en la novela *El periquillo sarniento* (1816) de José Joaquín Fernández de Lizardi, donde se incorporan los modelos de la picaresca española y la novela de formación de personaje, que un siglo antes se había llevado a cabo en España.

Ángel Rama establece que, durante la época de la Independencia latinoamericana, los nuevos pueblos se enfrentaron a un dilema: la construcción de su propia imagen, la cual se circunscribe al establecimiento de la ciudad letrada, por parte de un grupo letrado, a partir de la escritura (Rama. 1984). El dilema sobre la definición de la identidad latinoamericana, tal como lo establece Derek Parfit, tiene una importancia fundamental para la racionalidad (1986: 10), por ende, la modernidad estableció los límites en la incipiente búsqueda de imagen propia de estos pueblos. ¿Cuál sería el mejor instrumento para unificar un criterio racional de identidad?, pues precisamente el logos racional, es decir discursos escritos. Así, aparecen textos como "El Mata-dero" (1838) de Esteban Echeverría o *Cuadros de Costumbres* (1865) del guatemalteco José Milla.

El discurso literario y el discurso histórico fueron esenciales en esta definición identitaria, hasta el punto de llegar a establecerse una *paternidad literaria* en América Latina, donde la ficción no sólo reconstruye el pasado, sino que inclusive lo *in-venta* (Aínsa. 1997: 112).

Obviamente, esto implicó la revisión de su(s) propia(s) cultura(s) a través de dos estratos, la literatura elitista y la literatura popular; que deseado o no, se mezclaban entre sí. En la búsqueda de originalidad se dan dos vertientes: internacionalismo y modernidad. Pero, también se plantea el principio de representatividad, lo cual dio origen al regionalismo y al vanguardismo, como corrientes literarias orientadas por esa búsqueda de identidad. El vanguardismo, parte de la modernidad europea; y el regionalismo, sería pugna ante la primera. Sin embargo, el regionalismo salió de ese enfrentamiento integrándose a la internacionalización, para salvaguardar su tradición (Rama. 1984: 12-15). Esta pugna se observa en novelas como: *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *Huaspungo* (1934) de Jorge Icaza o *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela.

La función social de la literatura alcanzó un punto relevante en la formación de la identidad de cada pueblo. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la formación del Estado-Nación era un verdadero proyecto literario, tal como lo propone Rama. No obstante, esa configuración mental de Estado- Nación-Pueblo-Cultura, ha estado marcada por un proceso de selección, en el cual se toman en cuenta algunos rasgos, símbolos y experiencias grupales, mientras que otros son excluidos; es decir, la identidad cultural se define por oposiciones y exclusiones (Larraín Ibáñez. 2000: 210). Tal es el caso del texto *Guatemala, las líneas de su mano* (publicado en 1993) de Luis Cardoza y Aragón, donde se aboga por el mestizaje como elemento unificador y deja de lado el sincretismo cultural latinoamericano.

En pleno siglo XX, el discurso de la posmodernidad ha permitido una revisión de esas exclusiones literarias,

al incluirlas como ejes temáticos de las nuevas narraciones latinoamericanas. Sobre todo, este fenómeno se dio con el llamado *boom de la literatura latinoamericana*, donde algunos iniciadores fueron: Juan Rulfo, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Miguel Ángel Asturias.

CRISIS, IDENTIDAD Y NARRACIÓN EN LA AUTOIMAGEN DE LO COSTARRICENSE

“Más de dos milenios hemos estado bajo el yugo del principio de identidad” (Rojas Osorio. 2003: 165), con estas palabras de Carlos Rojas Osorio se puede indicar el peso psicológico que implica la autodefinición, el conflicto interno de la persona mediante interrogación filosófica sobre ¿quién soy? o ¿quiénes somos? Efectivamente, la cuestión sobre la identidad indica por sí misma una crisis o caos latente en el individuo, pero como reflexión y especulación, en el acto de mirarse y mirar. Entonces, cómo se resuelve esta crisis implícita en la configuración de una identidad nacional costarricense.

Esta franja territorial, denominada actualmente como Costa Rica, nace al mapa mundial bajo el doble signo de la transición y el (auto)exilio. Lengua terrestre que une dos mundos (norte y sur, América y España), espacio fronterizo según Jacqueline Murillo, que luego albergara dos culturas contradictorias (española e indígena). Asimismo, esta periferia serviría como el umbral perfecto para desaparecer, cuando así fuese deseado:

Las malas lenguas describen a algunos de estos temerarios pioneros como proscritos de la justicia en busca de un rincón alejado, incomunicado y apropiadamente distanciado de las autoridades. No todos los per-

seguidos serían bandidos, ladrones o asesinos. Quizá muchos huían de las envidias, las creencias religiosas o, simplemente, de sus acreedores. De cualquier manera todos serían personas buscando el anonimato en una tierra en formación, en donde fueran capaces de alcanzar el olvido y comenzar con cuentas nuevas (Murillo. 2002: 15).

Costa Rica, *margen* de los grandes centros de poder, es el espacio del *olvido*, como marca indeleble dejada por los primeros pobladores, y asumida eficazmente por las generaciones siguientes. Así, cada vez que se quiera anular todo amargo recuerdo, se puede hacer con la mayor facilidad, como si nunca hubiera ocurrido. Especie de amnesia colectiva, que calma las angustias aunque no sana la conciencia. Sin embargo, se debe recordar que, de acuerdo con Ernest Renan, el olvido es un factor esencial en la creación de una nación, ya que permite anular los hechos violentos que dan origen a todas las formaciones políticas, puesto que la unidad siempre se hace brutalmente (2000: 56).

Después de unos trescientos años de colonialismo, tal como lo señala Jacqueline Murillo, *“Costa Rica fue el único caso de independencia en donde ésta parecía más un problema que un logro. El temor al cambio [...] La libertad era no un sueño, sino una pesadilla”* (2002: 15). Esto indica que ser nosotros mismos era (¿o es?) un reto no deseado ni esperado, pues, la cómoda situación de dependencia a medias de los centros implicaba menos responsabilidad y compromiso social. Se inició así, la pugna por decidir si asumirse como nuevo Estado-Nación, o adherirse al proyecto de la Federación Centroamericana. ¿Soberanos o subordinados?, esa era la encrucijada.

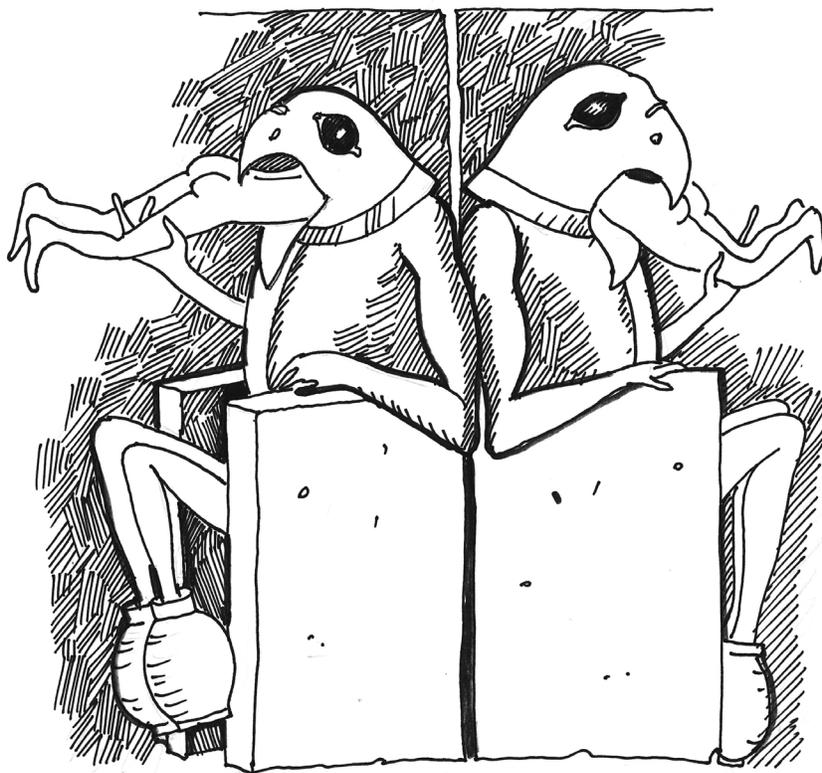
No es hasta 1848 cuando Costa Rica se convirtió en República, y “...

con el fin de romper su adscripción al obispado de Nicaragua, dispuso de su propia diócesis a partir de 1850" (Molina y Palmer. 2002: 46). En este sentido, los discursos más poderosos para lograr la aquiescencia de asentar el estado nacional costarricense, fueron el político y el religioso, núcleo abigarrado que perdura hasta inicios del siglo XX, e incluso XXI.

Una vez consentida la decisión de aceptar *independizarse*, los pobladores debieron enfrentar un nuevo problema: ¿Cómo constituirse en un país? Se debía establecer un sentimiento de unidad o pertenencia, crear una *identidad* nacional, la cual fuera aceptada por los *diversos* habitantes de la región. El proceso de convencimiento de que Costa Rica era una verdadera nación, debía darse mediante un instrumento asertivo y metódico, el cual repitiera los semas requeridos, hasta obtener el convencimiento total de su existencia. Aquí entraron en juego el discurso periodístico y el literario, como componentes esenciales del logos de la modernidad representada en la escritura/civilización.

Como en casi toda América Latina, durante el siglo XIX, el proceso de *formación de la identidad nacional costarricense* inició con un discurso elaborado a partir de la escritura de la clase dominante (oligarquía), con el fin de responder a sus intereses particulares. Por consiguiente, fue un discurso monológico impregnado en diversos textos, como los cuentos y novelas costumbristas, el Himno Nacional, la pintura de la época vislumbrada en el Teatro Nacional, y hasta el famoso billete de cinco colones.

En este sentido, la literatura ha cumplido una función relevante en la definición de lo nacional, pues como legitimación social dio unidad racional al diverso espacio costarricense, pues pretendió *"hablar en*



nombre del pueblo" (aún y cuando está atravesada por desigualdades étnicas, de clase, género), redefiniendo sus límites simbólicos (Sandoval García. 2002: 111).

Por consiguiente, y en palabras de Ernest Gellner, *"las naciones hacen al hombre"*, ya que, el concepto de *nación*, que se vuelve ineludible a partir de las grandes sociedades industriales de la modernidad, implica que: *"Una simple categoría de individuos [...] llega a ser una nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros"* (1983: 20). La identidad nacional se logra a partir de esa mutua identificación como miembros del mismo grupo-nación. En tanto que el concepto de estado posee ligámenes menos fuertes con el concepto de identidad, por no decir que nulos; pues, aparece ligado al ejercicio le-

gitimado de la violencia dentro de la sociedad, como forma de mantener el orden. El estado es agente centralizado, con disciplina y autorización para ejercer la fuerza (Gellner. 1983: 15-16).

El concepto de identidad nacional costarricense es el producto de un arduo esfuerzo por narrar, por medio de la literatura y otras prácticas culturales como el periodismo, un discurso unificador verosímil, que genere en cada individuo ese sentimiento de recíproca pertenencia al grupo. Dicho discurso oscila entre *recordar* lo que se tiene en común y *olvidar* lo que separa. Por consiguiente: *"Sólo en la modernidad fue posible el surgimiento de una imagen tan absoluta como el muro fronterizo"*, y se tomaron los modelos de nación de la época: Francia e Inglaterra (Murillo. 2002: 14-16), por parte de la clase dominante, lo cual evidencia la profunda dependencia

cultural enajenante que prevalece hasta la actualidad.

La identidad nacional debe precisar los límites diferenciadores del yo con respecto al *otro*, aunque *"El otro nunca está afuera o más allá de nosotros; emerge necesariamente en el discurso cultural, cuando pensamos que hablamos más íntimamente y autóctonamente entre nosotros"* (Bhabha. 2000: 216). Entonces, el mismo proceso de narrar la identidad nacional costarricense implicó una doble diferenciación dentro de su discurso: Por un lado, asume al otro-deber ser (centro: Europa) en busca de asimilación, pero, también está el otro-deber evitar (margen: países centroamericanos). Emerge el otro monstruoso del cual se diferencia Costa Rica, en quien recaerá la función desculpabilizadora de su conciencia, al asumir todos sus males (Herra, 1988: 29 y 42). A partir de ese momento, Costa Rica se asume diferente a los otros países centroamericanos, y empieza a convertirse en *"La isla que somos"*¹, como bien explicó Isaac Felipe Azofeifa.

De acuerdo con Barthes, todo discurso expresa relaciones de poder en la medida en que está constituido por la lengua, como una clasificación opresiva y rectora, por lo cual la lengua ingresa al servicio de un poder: *"...lengua y discurso son indivisibles porque se deslizan según el mismo eje de poder"* (1986: 135). Asimismo, Foucault establece cómo el poder ideológico emplea el lenguaje mediante el discurso para desarrollar procedimientos de control, selección y redistribución: *"El discurso, por más que en apariencia sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él, revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder"* (1984: 2). En consecuencia, la modernidad ha utilizado el discurso para ejercer ese poder ideológico

que permite excluir aquello que no desea. De este modo, ha imaginado al *otro* en dimensiones interconectadas: la dimensión temporal (como sinónimo de retraso, en oposición a la modernidad), y la dimensión espacial (los bárbaros que no acceden al progreso de la modernidad) (Sandoval García. 2002: 14). Así, la narración de Costa Rica ha empleado un discurso que gira en torno a este entimema, donde los demás países centroamericanos están fuera del territorio nacional, y al margen de su historia.

Las coordenadas espacio-tiempo son esenciales en la configuración de lo nacional, sobre todo cuando la identidad debe desarrollar este proceso de inclusión y exclusión, no sólo con respecto al otro-externo, sino, al otro-interno. De esta manera, el Atlántico negro y Guanacaste no coinciden con el ideal racial; igualmente, las zonas rurales no llenan las expectativas de clase social o cultura elitista. En consecuencia, estas regiones son ignoradas u *olvidadas*, por parte de la geografía cognitiva de Costa Rica, durante el proceso inicial de construcción de la identidad nacional.

El otro-interno costarricense se inserta dentro del *espacio privado*, dejando en la coordenada del *espacio público* sólo aquello considerado aceptable y coherente con el ideal de nación que se pretendía construir. Los textos literarios respondían a los mismos parámetros ideológicos, que incluso hoy se tratan de sostener, sobre el concepto de lo costarricense. Realmente, fue todo un esfuerzo homogenizador interno, para escribir el sentir de nación unificada, a pesar de las diferentes culturas involucradas: afro-caribeña, guanacasteca, porteña, indígena, meseteña. Finalmente, se conforma el discurso del *nacionalismo*, centralizador y excluyente de las periferias. Aquí se pueden mencionar escritores como

Aquileo J. Echeverría y Manuel González Zeledón, representantes del costumbrismo nacional.

Con el paso del tiempo, esta construcción narrativa de la identidad nacional fue sufriendo fisuras que la llevarían de crisis en crisis, hasta ir colocando sobre ella parches cada vez más notorios y debilitadores.

El concepto de nación, indica Homi K. Bhabha, posee una particular ambivalencia, ya que se pretende fijar a pesar de que la noción se inscribe en una realidad social transitoria (2000: 211-212). En consecuencia, todo concepto de identidad no es fijo, por el contrario se encuentra en permanente reforzamiento, sobre todo en momentos de crisis cuando ocurren acontecimientos que inestabilizan el concepto atribuido. Por ende, *"...las identidades nacionales tienen que ser redefinidas permanentemente, con la pretensión de crear imágenes de armonía más allá de diferencias materiales y simbólicas"* (Sandoval García. 2002: 11).

Por ejemplo, durante la Guerra Civil del 48, y con la caída de la oligarquía cafetalera, se abre un resquicio en el discurso homogenizador (el presente es desorden y el pasado es orden), que luego debe ser encubierto con la narración del idilio de paz, sujetos de derecho y la democracia de igualdad. Posteriormente, entre los años 1979 y 1982, se inicia un nuevo proceso de crisis: guerrilla sandinista, caída del precio del petróleo, la Guerra Fría, y la caída del Mercado Común Centroamericano; de modo tal que el ser costarricense será parcheado ahora con el concepto de nacionalidad (por ser diferente al resto de Centroamérica) y de *país de paz*: *"La efímera prosperidad de esos años fue un excelente disfraz para ocultar el agotamiento del modelo económico vigente"* (Molina y Palmer, 2002: 98).

El panorama de estas crisis y reformamientos de la identidad nacional, parecen indicar un estiramiento del discurso unificador de la modernidad, con el cual se construyó el imaginario de lo costarricense. Pero, las múltiples fragmentaciones de esa metanarración parecen retroceder al punto original de Costa Rica como lugar de transición, donde los límites definitorios no son tan evidentes, como en *El Jaul* (1937) de Max Jiménez o *Por el amor de Dios* (1918) de Luis Dobles Segreda. La posmodernidad, explica Jacqueline Murillo, indica ese *retorno cíclico del barroco*, el regreso al híbrido original del país, centro y margen se confunden (2002: 14).

La construcción de la identidad nacional como inclusión-exclusión de un *yo* frente a un *otro*, retoma su carácter dialógico original. Se instaaura la conversación, donde "... *la pre y la posmodernidad conviven en pueblos que nacieron en plena modernidad*" (Murillo. 2002: 22), y donde el yo (centro, lo costarricense) se enfrenta al discurso del otro (margen, centroamericano o periférico), en la convergencia espacio-temporal del Estado-Nación.

El esquema identitario respondía al discurso racional de la modernidad, sin embargo, a partir de inicios de los años ochenta (junto con la caída del Estado Benefactor y su modelo agro-exportador asociado a la social-democracia, así como el advenimiento del Estado Intervencionista, y su modelo empresarial de índole neoliberal), la crisis se acentúa en todos los niveles sociales: económico, social, político, cultural, ideológico, educativo, ético, moral. Iván Molina y Steven Palmer señalan algunos datos importantes de este período de acentuación de la crisis, tales como: deterioro social (educación y salud) a partir de los PAE (Programas de Ajuste Estructural) del Fondo Monetario Internacio-

nal, empobrecimiento de la clase media, 127 paros y huelgas de empleados públicos entre 1983 y 1993, desarticulación de las vanguardias culturales y sociales forjadas con el lema *ALCOA NO*, acrecentamiento de la violencia y la inseguridad, delincuencia juvenil, aumento del narcotráfico, corrupción brutal ejemplificada con el caso del Banco Anglo, el agotamiento de los partidos políticos y sus ideologías, y finalmente, la pregunta: "*¿adónde valdría la pena (y sería posible) ir, a partir de aquí?*" (Molina y Palmer. 2002: 108-120).

Con la década de los noventa y el período de fin de milenio, se expande el cuestionamiento sobre *¿quiénes somos?*, ante nosotros mismos y ante los demás. La duda sobre la narración heredada de nuestra identidad, sobre la supuesta estabilidad, la tierra pacífica, el campesino humilde y honesto, se vuelve una constante. Se cae la estabilidad discursiva, la razón afianzada en la ciencia y el progreso:

Costa Rica ha realizado grandes esfuerzos, a través de casi doscientos años, para construir una ilusión de *identidad*, mediante una *literatura* nacional, un teatro, un himno y un escudo. No obstante, es hora de que *lo costarricense* sea considerado por completo, y sin resquicios, imaginarios u olvidos.

Actualmente, expone Rojas Osorio, el *olvido* no se produce tanto por la eliminación de la memoria, sino por la difusión espectacular (2003: 242), así la saturación impide el espacio crítico necesario para que el individuo genere un proceso de re-visión. Asimismo, Alexander Jiménez Matarrita coincide en que este *olvido* es inaceptable por cínico y por peligroso, pues, se trata de un mecanismo de dominación ideológico y un llamado a la evasión de responsabilidades críticas: "...*típico de los sectores intelectuales y políticos conservadores cuando se enfrentan*

a la petición urgente de hacer justicia a diversos procesos criminales, daños y desastres" (2002: 132-133).

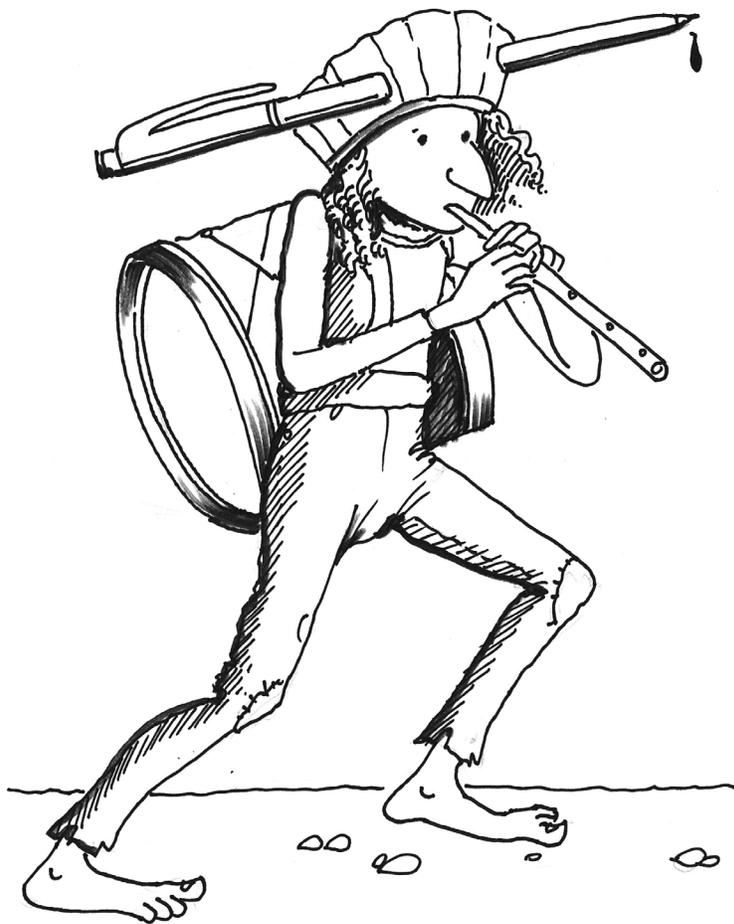
Ante este panorama: ¿dónde se ubica la novela costarricense finisecular?

Debido al amplio desarrollo que ha tenido el género narrativo en la configuración de la literatura costarricense, es quizá la novela la modalidad que más ha llamado la atención sobre esta escritura de la identidad nacional. En la actualidad, la novela costarricense se ubica en ese relativismo socio-cultural que permite la valoración de los diversos ámbitos sociales, desde la política y la economía hasta la ética, la moral y la educación. Ahora, la crisis se ha vuelto permanente, al ver que se acaba una y se inicia otra sucesivamente, y la posmodernidad abre las puertas a la re-evaluación y a la re-visión críticas de esos metadisursos constructivos de la identidad nacional costarricense.

LOS MITOS IDENTITARIOS EN LA NARRACIÓN DE UN PAÍS LLAMADO COSTA RICA

*El mito es el doble de nosotros mismos. Es el doble de las etnias, de los pueblos, las naciones y de todas las cosas que pueblan el universo. El mito tiene la fuerza que nuestros pensamientos y sentimientos le aportan. [...] Por una parte ese doble complementa y a la vez opone nuestro ser, la naturaleza y todas las cosas creadas por el hombre. El mito cohabita con nosotros en nuestra cotidianidad [sic] pero él tiene su sede allá en nuestro inconsciente en el **inconsciente étnico** (Monge Amador. 1997: 69).*

El concepto de mito es un enunciado social que acompaña al sujeto en todo momento, pero que nace de un rincón oculto y profundo de nuestro archivo mental. Su poder



viene de la capacidad para determinar el comportamiento humano, en tanto sea verosímil, aceptado y no cuestionado. La mitología de una sociedad se establece a partir de su fuerza social verosímil. Los mitos identitarios, de acuerdo con Carlos Cortés (2003: 19), nacen del doble proceso de inclusión y exclusión, identidad y separación. Lo que somos y lo que no somos, y esta valoración casi inamovible, ha convergido en una determinada forma de ver y entender el mundo circundante como inmutable, o estático, en esta percepción. Los mitos fosilizan formas de pensamiento social.

La literatura costarricense sirvió de base para la popularización de

una serie de ideas o nociones sobre ¿qué era ser costarricense? Los mitos transmitidos e institucionalizados respondían a un “afán civilizador” basado en el aparato educativo, punto de apoyo en la divulgación de los valores patrios (Molina y Palmer. 2002: 55). De esta manera, el discurso histórico era fundamental en la construcción de un destino común: la Independencia pacífica en 1821, reforzada mediante la gesta patriótica en la Guerra de 1856, el sacrificio heroico de Juan Santamaría, la defensa de la democracia en la campaña política de 1889, y el culto religioso a la Virgen de los Ángeles, de linaje plebeyo, y más reciente, el Premio Nobel de la Paz. Estos elementos histórico-costarricenses dan

paso a dos conceptos básicos en el afianzamiento de una noción racional de lo costarricense, lo bello y lo sublime, el primero guarda relación con el entendimiento, y el segundo, es afín con la razón (Rojas Osorio. 2003: 212).

Con ayuda de los mitos se ha afirmado la imagen de nación costarricense, mediante el principio de exclusión del *otro* por parte del *yo*. En este sentido, Alexander Jiménez Matarrita, en su texto *El imposible país de los filósofos*, logra sintetizar el proceso narrativo mítico de Costa Rica en cinco etapas de construcción de lo nacional.

La primera etapa va de 1821 a 1870, y es el período de formación del Estado costarricense, mediante el núcleo montañoso del Valle Central. De 1870 a 1914, se da la construcción de la idea liberal de Nación, por parte de la oligarquía cafetalera, a través de la homogeneidad racial. Surge luego la crisis de esa idea liberal de Nación, entre 1914 y 1948, bajo la imagen de la Nación amenazada. Entre 1948 y 1980, se da la consolidación de la idea de Costa Rica como nación democrática moderna (paraíso democrático y nacionalización del espacio periférico). Finalmente, de 1980 al 2000, se gesta un trabajo analítico e histórico, dedicado a pensar la invención de la nación y la nacionalidad (Jiménez Matarrita. 2002: 85-92).

En estas cinco etapas se destacan ciertos ejes discursivos centrales, los cuales son expresados por Giovanna Giglioli como: la homogeneidad racial, el aislamiento colonial y la identidad histórica de Costa Rica con su Meseta Central (1996: 170). Este conjunto metafórico, el cual se amplió y reforzó, ha logrado constituir la imagen simbólica de la *excepcionalidad* costarricense, la suiza centroamericana: “[...] la neutralidad de Suiza durante la Segunda Guerra Mundial inspiró un paso

adicional en esta comparación y las similitudes naturales fueron complementadas con semejanzas políticas, pues ambas naciones compartían una naturaleza pacífica" (Sandoval García. 2002: 118).

El mito de la excepcionalidad costarricense tiene sustento referencial en las coordenadas espacio-tiempo, las cuales le permiten ese aire de veracidad que ha prevalecido hasta la actualidad. Por un lado, temporalmente se asume una particularidad histórica, que hace a Costa Rica privilegiada, y el espacio caracterizado como de pequeñez y aislamiento, conjuran los más puros valores patrios y humanos. Estos ejes discursivos narrados por la literatura, adoptan una serie de metáforas que responden a esos mitos fundamentales de la identidad costarricense, y que parten de creerse "únicos".

A continuación, se describirán algunos de los principales mitos sobre el proceso de formación de la identidad nacional costarricense, los cuales abarcan tanto la coordenada temporal como la espacial.

Cortés indica, como uno de los primeros mitos fundadores de la identidad, la idea de la *Conquista pacífica* (2003: 22-23). Aunque sí fue diferente, al ser un proceso tardío con respecto al resto de Centroamérica, resulta difícil pensar en un proceso de dominación sin violencia. No obstante, la idea indica que antes de la llegada de los españoles en estas tierras no había casi nada, y la población indígena estaba reducida a unos pequeños núcleos que se asimilaron perfectamente al nuevo orden, como si nunca hubiera sufrido tampoco ningún dominio colonial, y por ende, se hubiera dado una eterna independencia (Jiménez Matarrita. 2002: 234-235).

Ante el temor que produce la diferencia, la heterogeneidad, la fragmentación, se promueve una

búsqueda desesperada de unidad racional mediante el mito de la homogenización: "...la indiferencia homogenizadora que se opera por virtud del concepto" (Rojas Osorio. 2003: 169).

La búsqueda de uniformidad, que permitiera el sentimiento de pertenencia y cohesión, origina otros mitos identitarios, tal como la idea del *blanqueamiento*. Esta homogenización racial se vislumbra como una continuación de la herencia de la racional modernidad europea, donde se consideraba que el color de la piel era indicativo de civilización y progreso, frente al otro (indígena o negro) bárbaro: "[...] la homogeneidad garantizaba la laboriosidad, las buenas costumbres y la ausencia de conflictos. En el imaginario étnico nacionalista costarricense, el mestizaje es conflicto, enfermedad y derrota" (Jiménez Matarrita. 2002: 196).

La existencia de la población indígena y negra se niega, pues, se supone el mestizaje como producto de una madre-indígena-débil y un padre-español-fuerte, de éste último se hereda la mayoría de rasgos identitarios. Unidad excluyente, que con el paso del tiempo ha impedido la integración cabal de esos márgenes nacionales (Limón, Puntarenas, Guanacaste, y otros).

Paralelo al mito de la homogeneidad étnica, surge el mito de la *homogeneidad de clase social*, o sea, la noción de un origen común en la pobreza de la pequeña y aislada provincia colonial: "[...] la nacionalización de la pobreza y su consideración como una virtud y una señal de identidad [...] Cuando todos son pobres no hay pobres, pues se crea una igualdad democrática enriquecedora" (Jiménez Matarrita. 2002: 183). Este mecanismo posibilita la imaginada integración de los sectores populares, e impide el nacimiento de conflictos sociales.

Costa Rica adquiere los rasgos hogareños de una *gran familia*, según Giovanna Giglioli. No existen diferencias, y todos participan del quehacer común. La igualdad se logra por medio del convencimiento de uniformidad sin centro de poder, ni político ni económico. Esta familia nacional posee una propiedad de la cual todos participan en idéntica medida sobre la tenencia de la tierra, desterrando así la idea de latifundio y desigualdad (Giglioli. 1996: 188).

La llamada *arcadia tropical* costarricense indica: "*Un paraíso de campesinos pobres, aislados, sin conflictos, sin clases sociales, étnicamente blancos y que, como resultado de su propia pobreza e igualdad de condiciones materiales y sociales, opta por la democracia*" (Cortés Zúñiga. 2003: 27). El mito ha servido, en palabras de Jiménez Matarrita, para ocultar no sólo las diferencias existentes, sino también las condiciones efectivas de dominación (2002: 249).

La burguesía agro-exportadora logró concretar muy bien el mito de la arcadia tropical cerrándolo a un núcleo, el *Valle Central*, lugar donde se encuentran los centros del poder político y económico. A la vez, esta centralización favoreció la exclusión de las periferias (indígenas-negros) marginadas bajo el signo de la heterogeneidad y la peligrosa diferenciación.

Este espacio territorial (Valle Central) posee un simbolismo aún más significativo, pues se concibe como vértice unificador de aquellos ejes imaginarios de la vida nacional, y según lo plantea Jiménez Matarrita: "*Para una consideración del prestigio imaginario y sagrado del centro [...] Algunas ciudades, aunque también templos y palacios, son imaginados como ejes del mundo y puntos de encuentro del cielo y la tierra, zona de lo sagrado y de la realidad absoluta*" (2002: 237).

En otras palabras, el Valle Central se imagina como el mito del *paraíso perdido*, el jardín del Edén, lugar aséptico e inmune.

Esta imagen de Costa Rica como paraíso perdido posee una fuerza intangible sobre el ideario nacional. Se concibe entonces el privilegio de pertenecer a un estado de gracia, donde se mantiene la unidad con Dios. Sólo el pecado implicaría el pavor de la segregación, la fragmentación de la unidad racional (heterogeneidad).

De esta visión paradisíaca de Costa Rica-Valle Central se desprende su simbolismo metafórico. Es la búsqueda constante de unidad racional, en una identidad que desea afianzarse mediante los modelos propios de la modernidad. La familia es unidad, por ello el hombre y la mujer se unen y forman un solo cuerpo y un solo espíritu, porque la duplicidad requiere esa unificación. Así, la visión de familia unida en el paraíso se concreta con otro mito: *la madre Patria*.

La personificación de Costa Rica es uno de los mitos más recientes, se da mediante términos como *espíritu, alma, ser, esencia* del pueblo y la nación (Jiménez Matarrita. 2002: 219). Y esa abstracción provee de un mecanismo que logra integrar en forma inconcreta a toda la población, y a la vez impide el cuestionamiento, para dar paso a la aceptación resignada del destino común trazado, como punto de apoyo de esta imagen maternal, surge el culto a la Virgen de los Ángeles, donde su origen mulato dispersa las *pequeñas* desigualdades étnicas dentro del país, además de darle un carácter moralizador a la idea de *familia costarricense*.

Tras este despliegue, surgen dos nociones arraigadas en el inconsciente colectivo nacional: el de *democracia centenaria* y el *democracia natural*. "*La democracia es*

narrada como un destino inevitable, no como el resultado de las propias búsquedas del sistema político costarricense. Tampoco es percibida como una cultura institucional construida, tardía, limitada, sujeta a desarrollos y amenazas" (Jiménez Matarrita. 2002: 252). En otras palabras, una democracia eterna dada por naturaleza, a la cual se tiene acceso debido a ese estado de gracia original en que se vive y se vivirá. Tanto es así, que se contempla el año 1889 como el momento del acto fundador de la democracia nacional, cuando el pueblo protagonizó una protesta por el fraude electoral cometido. Sin embargo, no se menciona que: "*..ese mismo candidato ganador, José Joaquín Rodríguez, una vez en la presidencia, se convirtió en dictador, persiguió a la oposición, disolvió el congreso e impuso como sucesor a uno de sus ministros, Rafael Yglesias, quien también era su yerno"* (Cortés. 2003: 37).

Esta mitología identitaria nacional ha logrado conquistar una noción generalizada de excepcionalidad, donde Costa Rica se sustrae al caos circundante, levantando el estándar de la igualdad, la paz, y la democracia, como puntos de apoyo contra la belicosidad y el atraso de los otros-países centroamericanos. No obstante, también ha generado una idea estática, casi atemporal, sobre la (auto)imagen de lo costarricense, y esto evita que exista, como en todo concepto de identidad, un desarrollo saludable.

UN INTENTO CONCILIADOR EN LA PERIODIZACIÓN DE LA NARRATIVA NACIONAL COSTARRICENSE

Con la ayuda de investigaciones sobre la literatura costarricense, efectuadas por críticos como Álvaro Quesada Soto, Flora Ovares,

Margarita Rojas, Carlos Santander y María Elena Carballo, el aspecto contextual emerge como núcleo de apoyo en este intento conciliador. Al unir literatura-cultura-identidad, los acontecimientos relevantes de cada momento histórico proveen los indicios necesarios para una comprensión global y dinámica del sumario.

En este sentido, un estudio de la literatura nacional y sus variantes, debe orientarse por medio de los procesos socio-histórico de sus individuos, más que por simples fechas. Por lo tanto, esta reseña general tomará esa pauta de análisis, como ordenador del panorama general sobre la literatura nacional costarricense.

Primer momento:

Casi inmediatamente después de la Independencia, se da el desarrollo de la República liberal en su fase oligárquico-patrimonial. Éste estuvo marcado por varios aspectos relevantes, tales como el poder fiscalizador de la Iglesia católica sobre aspectos no sólo morales, sino, educativos, políticos y civiles. La coyuntura entre poder político y poder eclesiástico, como herencia colonial, ha marcado el desarrollo social del país hasta nuestros días, aunque no tan directamente como en los primeros cincuenta años de independencia costarricense. El proceso económico expansivo, dado gracias a la exportación del café a Inglaterra, ayuda a la consolidación de las instituciones de la nueva República, y genera un deseo por establecer vínculos de parentesco más afianzados con las metrópolis europeas (Rojas y Ovares. 1995: 13).

Nace un grupo social en esta escena, denominado la "oligarquía cafetalera", en el que recaía el ideal civilizador de la modernidad, y por ende, se atribuyó la función de servir como voceros de la nación. Una de sus preocupaciones fue desarrollar en el país un progreso urbano

que calcara la apetecida modernidad europea, por lo cual en el plano cultural surgen las representaciones teatrales (Teatro Mora), como nexos con el Viejo Mundo. La cultura fue entonces un instrumento valioso para acentuar la identidad nacional y el deseo de civilización. Principalmente, la literatura y el periodismo dieron un apoyo importante a la generalización de esos ideales de progreso y engrandecimiento del carácter nacional.

En los años posteriores a 1821 existía una minoría de lectores. Sin embargo, eran ellos quienes disponían también del criterio para opinar sobre el futuro de la nación, así como de persuadir a la población sobre esos ideales. De esta manera, la literatura nacional nace unida a la práctica periodística, y sus más relevantes exponentes son: Pío Víquez, quien diera nombre al premio nacional de periodismo, Manuel Argüello Mora y Manuel de Jesús Jiménez. Estos tres escritores tendrían también un espacio importante en el desarrollo de la siguiente fase de la literatura nacional, donde se produce la primera polémica sobre la literatura en/de Costa Rica.

Segundo momento:

En el último tercio del siglo XIX, en Costa Rica se acentúa el proceso de modernización y liberalización del estado y la sociedad. Se da un esfuerzo por separar la esfera pública de la privada, así como la secularización del poder político (Rojas y Ovares. 1995: 29). Adjunto a esto, en el arte y la cultura se busca exaltar el espíritu nacionalista como parte del proyecto modernizador, en consecuencia, se inaugura una serie de símbolos que lo representarán, tales como: el Monumento a Juan Santamaría (1890), el Monumento Nacional (1895), y el Teatro Nacional (1897), paradójicamente, diseñados por arquitectos o escultores europeos: "...el proceso de

'invención de la nación' se consolida mediante la producción de héroes y gestas, monumentos e instituciones, una historia, una mitología y una cultura nacionales' (Quesada. 2002: 32).

El denominado Olimpo político, clase social agro-exportadora y dominante representada por expresidentes como Ascensión Esquivel, Próspero Fernández y Bernardo Soto, da paso al surgimiento del Olimpo literario, es decir, sus intelectuales dedicados ya no al espacio político, sino al literario y cultural. Destacan aquí escritores como Manuel de Jesús Jiménez y Ricardo Fernández Guardia, apoyados por los 'escritores de levita' como Manuel González Zeledón (Magón), Aquileo J. Echeverría, Jenaro Cardona y Leonidas Briceño.

Con la aparición de este Olimpo literario se genera también, la primera polémica nacionalista sobre la literatura: "...surgió a raíz de la publicación, en 1894, de un tomo de cuentos de Ricardo Fernández Guardia, **Hojarasca**. Varios autores como Gagini, Magón y Cardona escribieron en contra de Fernández Guardia y su orientación hacia lo que ellos llamaban 'el exotismo de los modernistas' " (Rojas y Ovares. 1995: 33).

Establecer cómo debía ser una literatura nacional, si observando lo propio o mirando lo ajeno, da pie a considerar su existencia. En efecto, la polémica abre la puerta a lo que Álvaro Quesada establece como la oposición entre 'nacionalismo' y 'realismo'. El nacionalismo estuvo marcado por la actitud anecdótica de escritores como: Manuel de Jesús Jiménez, Manuel Argüello Mora, Manuel González Zeledón y Ricardo Fernández Guardia. Igualmente, el tránsito hacia una 'actitud crítica' sobre lo nacional estuvo en la pluma de otros escritores, como Carlos Gagini, Claudio González Rucavado

y Jenaro Cardona, pero fundamentalmente en Joaquín García Monge (Quesada. 1988: 124-127).

Esta primera promoción, según Álvaro Quesada, estableció los mitos fundadores de la nacionalidad costarricense, dentro de los que destaca el mito de la "edad de oro", por medio del predominio del cuadro de costumbres. Pero, también buscaban afanosamente un equilibrio entre "tradición y progreso", lo cual marca una condición ambivalente en la literatura de la época (2002: 47).

Tercer momento:

Con el advenimiento de la segunda década del siglo XX, la voz de la oligarquía, considerada hasta entonces como la voz nacional, en términos de Quesada, sufre las primeras y más serias fisuras. Esto se debe a la seria crisis socio-política desatada tras el intento de sustitución patriarcal por las relaciones capitalistas, donde algunos acontecimientos fundamentales fueron: las reformas del joven presidente Alfredo González Flores, la dictadura y caída de Federico Tinoco. Surgen las especulaciones en torno a la comercialización bananera de Minor Keith y las intenciones de explotación petrolera de Mr. Valentin, las cuales indican la presencia del imperialismo norteamericano. A nivel social, se dan signos de aparecer una 'plebe urbana' de artesanos y obreros, que desencantados por la pérdida de valores e ideales, realizan los primeros conatos por mejorar su modo de vida. Así, ante la oligarquía burguesa los llamados 'jóvenes ácratas' respaldan dichas luchas populares (Quesada. 1988: 28-35).

En este sentido, la voz monológica oligárquica se resquebraja, de acuerdo con Quesada, y es enfrentada por otras voces como la del imperialismo norteamericano y la del pueblo. "[...] surge también

un grupo de intelectuales pequeño-burgueses radicalizados, cuyas concepciones ideológicas [...] se apartan del 'liberalismo' oligárquico, y se acercan a las aspiraciones de justicia social y renovación política que encarnan los grupos populares de 'artesanos', 'obreros' y 'proletarios'" (Quesada. 1988: 23). Grupo que gira alrededor de la revista *Repertorio Americano*, fundada y dirigida por García Monge, y donde la literatura provee una imagen de nación en conflicto, por un lado muestra los desgarramientos ideológicos de la voz oligárquica, y por otro, denuncian aspectos enajenantes.

Álvaro Quesada, en su texto *La voz desgarrada*, establece dos generaciones literarias para este periodo: La primera unifica a Carlos Gagini y Máximo Soto Hall, quienes con una actitud antiimperialista retoman el mito de la *edad de oro* para rescatar los supuestos valores perdidos, y dar fuerza a la voz oligárquica disfrazándola con rasgos eurocentristas. La segunda generación posee una actitud contestataria, protestan contra el sistema y critican a las instituciones del Estado, en una denuncia de las consecuencias socio-morales del liberalismo, entre los escritores de esta adscripción están: Joaquín García Monge, Luis Dobles Segreda, Carmen Lyra, José Fabio Garnier, Vicente Sáenz, y Mario Sancho (Quesada. 2002: 55-77).

Cuarto momento:

Una vez dado el inicio de la década de los veinte, el panorama mundial sufre transformaciones que afectarán la vida costarricense. Es un periodo de entre guerras (Primera y Segunda Guerras Mundiales), con una depresión económica mundial (1929) intermedia, un acelerado crecimiento tecnológico y científico como consecuencia de la industria bélica, Estados Unidos sustituye a Europa en el panorama mundial y, finalmente, donde el

desencanto se acentúa y la reflexión crítica toma rasgos mayores.

En este contexto, las posiciones antioligárquicas son reforzadas, y la unidad liberal-oligárquica se resquebraja por completo. En Costa Rica se evidencia la proletarización, se genera la Liga Feminista Costarricense en 1923, se desencadena la Huelga Bananera en 1934, el Partido Comunista es instrumento de lucha y organización. Las luchas obreras son más fuertes y evidentes, ayudadas con la creación del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, en 1940. Todo esto es evidenciado por los escritores de la época mediante un cambio radical en la visión de mundo.

La literatura incorpora las zonas periféricas del país (Guanacaste, Limón, Puntarenas), y las fronteras cambian para ser reformuladas en el plano cognoscitivo identitario: "*Surgen nuevas maneras de imaginar la Nación, que procuran incorporar la heterogeneidad e integrar los elementos excluidos, en polémica con el modelo liberal en descrédito*" (Quesada. 2000: 40). Se trata ahora de una generación de escritores ecléctica tanto por dentro como por fuera, algunos son escritores, escultores, pintores, y todos intentan hacer algo nuevo con la literatura, por lo que buscan la experimentación, e incluso se acercan a las vanguardias literarias (Quesada. 2000: 40). Entre ellos: José Marín Cañas, Alfredo Cardona Peña, Carlos Luis Sáenz, Max Jiménez, Carlos Salazar Herrera, y los más jóvenes apenas iniciando: Joaquín Gutiérrez Mangel, Adolfo Herrera García y Yolanda Oreamuno. Algunos optaron por el auto-exilio como único camino, tras su contrastante propuesta literaria e ideológica.

Quinto momento:

Llegados a la mitad del siglo XX, el panorama literario costarricense se ve teñido de nuevas propuestas con-

cordantes con los acontecimientos históricos. Aparecen escritores como: Alberto Cañas, Julieta Pinto, José León Sánchez, Carmen Naranjo, Rima Vallbona, Virgilio Mora, Fernando Durán Ayanegui, Quince Duncan, Alfonso Chase y Gerardo César Hurtado. Todos, ubicados en lo que se denominó la formación de la Segunda República, tras la Guerra Civil de 1948 y la abolición del ejército.

Entre las décadas de 1950 y 1960, surge el Estado Benefactor y el proyecto de sustitución de importaciones, aunado a un crecimiento de la clase media, y la promoción estatal de la educación y la cultura con la creación de: la Universidad de Costa Rica en 1940, el Teatro Universitario en 1952, la Editorial Costa Rica en 1959, el Ministerio de Cultura Juventud y Deporte en 1970, y poco después, el Instituto Tecnológico de Costa Rica en 1971, y la Universidad Nacional en 1973 (Quesada. 2000: 68).

Las propuestas literarias parecen alejarse del realismo, para manifestar diversidad de adscripciones, donde incorporan lo censurado. El espacio urbano surge, así como el desdoblamiento, la ironía, la sátira y la parodia. Se busca un lector cómplice que reflexione sobre la modernización, en cuanto proceso de descomposición, desintegración social, enajenación y pérdida de los valores identitarios (Quesada. 2000: 69).

Sexto momento:

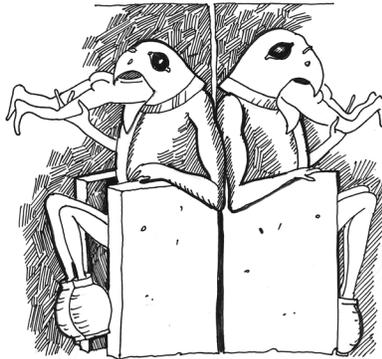
Como lo establece Álvaro Quesada, el aparente proceso de modernización de las dos décadas previas a 1980, no eran más que eso: apariencia, pues, el endeudamiento y la dependencia de los gobiernos extranjeros aumentaba, hasta el punto de iniciar la década de los ochenta con una severa crisis económica (2000: 33). Molina y Palmer

describen este periodo de la siguiente manera:

La economía costarricense, golpeada por un alza en el precio del petróleo y por una caída en la cotización del café, se desplomó en 1980. El producto interno bruto per cápita empezó a caer a partir de 1979, y en 1981-1982 disminuyó en un 11 por ciento. El salario real cayó un 40 por ciento en esos años, y el desempleo ascendió a un 10 por ciento, al tiempo que la inflación anual oscilaba entre un 80 y un ciento por ciento. La crisis fue agravada en 1984, cuando la United Fruit Company clausuró sus operaciones en las tierras bajas del Pacífico [...] La deuda pública externa alcanzó los 3.825 millones de dólares en 1984, y su servicio supuso un 44 por ciento del valor total de las exportaciones entre 1983 y 1988. El Estado optó por el endeudamiento para sostener la industria y evitar el caos social (2002: 101-102).

La agudización de los conflictos políticos centroamericanos, enmarcados en los procesos revolucionarios nicaragüenses, logran la inscripción de los escritores en una imagen de ciudad como mundo desesperanzador, donde el símbolo de la *casa paterna*, según Margarita Rojas y Flora Ovarés, como núcleo familiar de la nación, queda en abandono y en ruinas (1993: 279).

Esta contextualización da paso a un profundo desencanto nostálgico, que involucra la idea bíblica de la expulsión del "paraíso" imaginado por la narración del discurso histórico de la modernidad. En consecuencia, la Costa Rica de los años setenta y ochenta, sufre el binomio *culpa-castigo*, donde debe trabajar y sufrir, volverse periférica. El desencanto y la desesperanza se apoderan de la literatura, la cual manifiesta el caos generalizado que se percibe alrededor, una vez llegada la década de los años ochenta.



Las consecuencias económicas y sociales de todos estos procesos sociopolíticos, adquieren rasgos cuantiosos en la década de los años noventa. Este periodo finisecular involucra una actitud especular, donde los narradores aprovechan la sensación apocalíptica para denunciar y referir dos nuevos procesos, globalización y posmodernidad:

Realidades muy distintas en el tiempo y el espacio se hacen presentes en la pantalla de la computadora mediante la reconstrucción o el simulacro. Lo anterior cambia la noción de la historia y sustituye la experiencia de una historia lineal y orientada a un fin previsible [...] inmersa en esta realidad, la literatura costarricense de estos últimos años hablará también de todo eso. A veces desde el desamparo y a veces desde el humor (Rojas y Ovarés. 1995: 211).

En palabras de Álvaro Quesada, narradores como Anacristina Rossi, Linda Berrón, Hugo Rivas, Rodolfo Arias, José Ricardo Chaves, Dorelia Barahona, Carlos Cortés, Rodrigo Soto, Fernando Contreras, Tatiana Lobo, y Rafael Ángel Herra, son autores que se enfrentan a circunstancias contradictorias generadoras de toda una visión de realidad en crisis (2000: 43).

Esa novísima generación de escritores costarricenses, enfocados a pensarse desde lo que significa el *ser costarricense*, ahora con una

actitud crítica *de crisis*, sólo indicarían, de acuerdo con Molina y Palmer, el momento en que "*Costa Rica dejó de ser excepcional*" (2002: 122). Sus metas son otras, diferentes a las establecidas hace poco más de 180 años, ya no es *re-producir* sino *re-visar* y *re-construir* lo que se ha dicho sobre nuestra identidad; en otras palabras, decirnos para decir.

CONCLUSIÓN

El presente trabajo crítico se ha desarrollado a partir de los nexos existentes entre el binomio modernidad/posmodernidad de América Latina y el discurso literario costarricense, con el fin de posibilitar una (re)lectura y (re)interpretación de la perspectiva identitaria nacional.

Costa Rica, Centroamérica y América Latina se constituyen en el espacio de la marginalidad histórica. Así ha sido valorado a partir del mapa cognitivo de los centros de poder, los cuales le han asignado la condición de esquina, de apéndice. Por ende, la construcción de su autoimagen identitaria se ha establecido en un proceso discursivo encabezado por la literatura, donde en principio se tomaron los modelos de los centros de poder, pero que poco a poco se ha ido (re)valorando, (re)visando y (re)considerando dichos estatutos.

En el caso particular de Costa Rica, la configuración discursiva metafísica de la identidad nacional tomó una serie de mitos, los cuales se acercaban a la diagramación eurocéntrica. Los más relevantes fueron: la "excepcionalidad" del territorio, diferenciado del resto de Centroamérica a partir de una supuesta "conquista pacífica"; la "homogenización racial", que parte del blanqueamiento étnico consecuente con la poca población indígena y la mayoritaria concentración española o criolla (indicativo de progreso), y una "homogenización de clase social", donde todos son iguales; en

adherencia se produce el concepto de país como “gran familia” y de “arcadía tropical”, es decir, una especie de paraíso edénico centrado en la visión del “Valle Central”; para esa noción familiar se constituye el nexo de la “madre patria” que protege; y finalmente, los conceptos de “democracia centenaria” y de “democracia natural”.

Cada uno de los elementos de esa mitología identitaria nacional fue elaborándose a partir de seis momentos claves en la literatura costarricense, los cuales comprenden la siguiente configuración: Los dos primeros instauraron los mitos fundadores, y se ubicaron a partir de la Independencia (1821) hasta finales del siglo XIX. Luego, en un tercer momento a inicios del siglo XX, se observaron las primeras fisuras del discurso identitario a partir de la intervención socio-cultural y económica norteamericana, cuando nace la visión de un pasado idílico de un país de reciente construcción. En cuarto lugar, con el advenimiento de las dos guerras mundiales, se produce una reflexión crítica que lleva al desencanto, y en consecuencia se incorporan a la literatura zonas periféricas. Finalmente, a partir de la segunda mitad del siglo XX hasta el momento actual, dos momentos más se producen, el quinto incorporó aspectos censurados en la literatura, así como el proceso de descomposición social; para terminar con el sexto momento en las dos décadas previas al final del milenio -coincidente con la agudización de los conflictos sociopolíticos y económicos en Centroamérica-, la literatura se asume como expresión máxima del desencanto, en un profundo proceso especular que redefine la autoimagen y (re)inaugura la crisis.

La literatura de este último momento (re)asume el concepto de *crisis*, pero en su concepción eti-

mológica de crítica o juicio. Los conflictos armados y la crisis económica de la década de los ochentas marcan un hito en la producción narrativa centroamericana, no sólo costarricense. Existe una efervescencia narrativa que se estipula como de sumo interés, pues en estos países se descubren las problemáticas propias a partir de la producción literaria. Para empezar, la violencia, en sus múltiples formas, se observa en novelas como la de Rodrigo Rey Rosa, *Que me maten sí...* (1997), donde la trata de niños y la búsqueda de sí mismo marca el entorno de una sociedad violenta hasta en el ruido y en el vacío, que se trama en la red textual. Asimismo, novelas centroamericanas de intriga, donde la denuncia y la reflexión acerca de la situación social centroamericana, se enlazan con la temática desarrollada por Carlos Cortés en *Cruz de olvido* (1999), entre ellas: *El arma en el hombre* (2001) de Horacio Castellanos, *Managua salsa city*, *Devórame otra vez* (2000) de Franz Galich, y *Cascabel* (1997) de Arturo Arias. Igualmente y en paralelo con la denuncia, la reflexión y la involución a la violencia, se desarrolla la toma de conciencia del sujeto aunado a la toma de posesión de su cuerpo, en un encarnado erótico a partir del texto de la escritora nicaragüense Gioconda Belli, *El País bajo mi piel*. *Memorias de amor y guerra* (2000).

El momento de transición del siglo XX al siglo XXI, ha marcado la literatura centroamericana, en la que se inserta la producción narrativa costarricense, y de la cual no se puede desvincular. Se (re)considera que ya no se es una “isla” en Centroamérica, sino una pieza importante en este ajedrez. El desencanto toca a las puertas de cada país del istmo, la crisis, los conflictos, la violencia, el temor y la pérdida de fiabilidad dan muestra de compartir un contexto socio-cultural de (re)evaluación, autorreflexión y desenmascaramien-

to del sujeto, la construcción de su imagen y de su identidad.

NOTAS

- 1 Isaac Felipe Azofeifa. En: Ferrero, Luis. *Ensayistas costarricenses*. 3ra. ed. San José: Lehmann Editores, 1979, 321-340.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando. 1997. “Invencción literaria y reconstrucción histórica en la nueva narrativa latinoamericana”. *La invencción del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Compilado por Karl Kohut. Frankfurt-Madrid: Americana Eytettensia, 111-121.
- Barthes, Roland. 1986. *El placer del texto y lección inaugural*. 3ra. ed. México: Siglo XXI Editores.
- Bhabha, Homi K. 2000. “Narrando la nación”. *La invencción de la nación*. Compilado por Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 211-222.
- Cortés, Carlos. 2003. *La invencción de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Foucault, Michel. 1984. *El orden del discurso*. Traducción de Alberto González Troyano. San José: Universidad de Costa Rica.
- Gellner, Ernest. 1988. *Naciones y nacionalismos*. Versión española de Javier Setó. Madrid: Editorial Alianza.
- Giglioli, Giovanna. 1996. “¿Mito o idiosincrasia? Un análisis crítico de la literatura sobre el carácter nacional”. *Identidades y producciones culturales en América Latina*. Compilado por María Salvadora Ortiz. Colección Identidad Cultural. San José: EUCR, 167-206.
- Hall, Stuart. 1999. “Identidad cultural y diáspora”. *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la teoría poscolonial*. Traducción de Jaime Casas, Mercedes Jul y Carolina Jaramillo. Edición de Santiago Castro Gómez. Santa Fe de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 131-145.

- Herra, Rafael Ángel. 1988. *Lo monstruoso y lo bello*. San José: EUCR.
- Jiménez Matarrita, Alexander. 2002. *El imposible país de los filósofos. El discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Ediciones Pedro Azul.
- Larios, Marco Aurelio. 1997. "Espejo de dos rostros: Modernidad y posmodernidad en el tratamiento de la historia". *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Compilado por Karl Kohut. Frankfurt-Madrid: Americana Eytettensia, 130-136.
- Larraín Ibáñez, Jorge. 2000. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. 2da. ed. Chile: Editorial Andrés Bello.
- Mariátegui, José Carlos. 2000 "El florecimiento de las literaturas nacionales". *La invención de la nación*. Compilado por Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 67-76.
- Molina, Iván y Palmer, Steven. 2002. *Historia de Costa Rica*. 3ra reimpr. San José: EUCR.
- Monge Amador, Jorge Alberto. 1997. "El inconsciente étnico del mestizo". *Cultura y contra cultura en América Latina*. Compilado por Olmedo España. Heredia, Costa Rica: EUNA, 69-110.
- Murillo Fernández, Jacqueline. 2002. *Costa Rica (des)dibujada*. San José: Editorial Costa Rica.
- Ortiz, Renato. 2000. "América Latina. De la modernidad incompleta a la modernidad mundo". *Nueva Sociedad*, 166 (mar.-abr.): 44-61.
- Parfit, Derek. 1986. "Identidad personal y racionalidad". *Revista de Occidente*, 56 (enero): 5-25.
- Quesada, Álvaro. 1988. *La voz desgarrada*. San José: EUCR.
- . 2000. *Breve historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Porvenir.
- . 2002. *Uno y los otros: identidad y cultura en Costa Rica 1890-1940*. 1ra. reimpr. San José: EUCR.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Renan, Ernest. 2000. "¿Qué es una nación?". *La invención de la nación*. Compilado por Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 53-66.
- Rojas Osorio, Carlos. 2003. *La filosofía en el debate posmoderno*. Heredia, Costa Rica: EUNA.
- Rojas, Margarita y Ovaras, Flora. 1995. *100 años de literatura costarricense*. San José: Ediciones Farben.
- Sandoval García, Carlos. 2002. *Otros amenazantes*. San José: EUCR.
- Washburn, Jimmy. 1997. "América: Lo buscado y lo anhelado". *Cultura y contra cultura en América Latina*. Compilado por Olmedo España. Heredia, Costa Rica: EUNA, 111-152.